

ARENCA CIVICA (I)

PRONUNCIADA EN

CULIACAN POR EL LIC. EUSTAQUIO BUELNA, CON MOTIVO
—DEL ANIVERSARIO—

DE LA BATALLA DE SAN PEDRO,

HABIDA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1864.

SEÑORES:

La nacion mexicana, presa por tantos años de las convulsiones políticas, acababa de darse la constitucion mas liberal del mundo, nacida entre el fragor de los motines militares y bautizada con la sangre de los mártires de la Reforma, cuando un monarca europeo soñó en su desenfadada ambicion haber concebido la mas bella empresa de su reinado.

Napoleon III, el perturbador de la paz de las naciones débiles, el expedicionario de Siria y Cochinchina, necesitaba divertir el ocio de sus soldados y alimentar el pábulo de la falsa gloria en que se basaba su imperio; y sin recordar que otro Hernan Cortés no podía reproducirse en tres siglos, se resolvió á invadir el país de los aztecas, para restaurar el tronc fatal de los Moctezumas, apuntándolo con bayonetas francesas, á beneficio de un vástago de la casa de Austria, acreditada en el viejo mundo como el gran carcelero de los pueblos oprimidos.

Parecia entónces el momento mas oportuno para llevar á cabo el execrable designio. La gran República Norte-americana, cen-

(1) Por analogía con la materia de que tratan los "Breves apuntes para la historia de la guerra de intervencion en Sinaloa," escritos por el Sr. Lic. Eustaquio Buelna, el editor de esa obra cree oportuno publicar en seguida, como lo verifica, la arenga cívica pronunciada el año pasado por el referido autor con motivo del aniversario de uno de los sucesos militares mas importantes de dicha guerra.

tinela avanzado de la democracia en el mundo de Colon, tenía todo su gran poder concentrado en la lucha intestina provocada por la abolición de la esclavitud; y al abrigo del peligro que por ese lado pudieran tener, pronto se coligaron con Francia, contra México, la Inglaterra y la España, primeras víctimas del engaño napoleónico en este negocio, en que las miras de alta rapiña marchaban de brazo con los proyectos de conquista.

Nunca los gobiernos monárquicos de Europa han visto sin inquietud ese semillero de repúblicas que pueblan el continente americano, planteles fecundos de donde algún día, no muy lejano, se esparcirá el árbol de la libertad por todas las tierras del globo. El contra almirante Baudin cobrándonos con una escuadra naval ochenta mil pesos por unos pasteles; el vizconde de Gabriac elevando una cencerrada al rango de reclamación diplomática; el marqués de Saligny haciendo un *casus belli* de la caída de una piedra en la fachada interior de su casa; esas y otras muchas reclamaciones exageradas por parte de los agentes del gobierno francés atestiguaban de tiempos atrás una añeja prevención contra México y acusaban el empeño de suscitarle querellas estorbando su organización, deteniendo su adelantamiento, desacreditando su nombre entre las naciones. En esta vez el verdadero motivo era una deuda insignificante, y no valía la pena de comprometer la armonía entre dos gobiernos.

Quiso Dios y la habilidad de nuestro eminente estadista Don Manuel Doblado, que la desavenencia se apoderase de los representantes de los gobiernos coligados. La Francia quedó sola al frente de la lucha: y el gobierno imperial que debía su origen á la perfidia del 2 de Diciembre, no podía desmentir sus antecedentes faltando vergonzosamente á los preliminares de la Soledad, no podía ser inconsecuente mintiendo á la faz de las naciones acerca del objeto de la expedición, no podía falsear sus características tendencias atacando al pueblo mexicano sin previa declaración de guerra. El que con abuso de confianza usurpó la libertad de su patria, no podía ser muy escrupuloso en los medios de atentar contra la autonomía de la agena, y agredió á un pueblo débil á traición, con alevosía, premeditación y ventaja.

¶ Pero ¡bendita sea la lucha que sostuvimos contra el déspota!

De aldea en aldea, de campanario en campanario, tras los bosques espesos, tras los tupidos matorrales, desde las alturas accidentadas de la sierra y en las dilatadas planicies de nuestros hermosos valles, en todas partes presentaba el defensor de la República una muralla formidable con su pecho á cada paso del injusto invasor; en todas partes el valiente chinaco, ágil y perspicaz, prototipo del guerrillero y terror del soldado francés, mermaba las filas del enemigo con ataques imprevistos; en todas partes, del suelo abonado con generosa sangre mexicana brotaban improvisados adalides, la muerte cernía sus negras alas sobre las risueñas comarcas del Anáhuac, la desolación se enseñoreaba en todo el país, el luto ó el sufrimiento en todas las familias, la pobreza en todas las clases.

Pero sobre este cuadro de gloria, sombreado por los infortunios, de heroísmo patriótico contrastando con la traición degradada, sobre este pedestal de la grandeza del pueblo, del poder de la democracia, del valor de una raza, se destacaba radiante la impasible y estóica figura de Juárez, representando la dignidad de la patria, reivindicando para México el respeto del mundo entero. ¡Bendita sea mil veces la guerra que regenera! Ella es el último argumento de los reyes, pero es también el látigo que los pueblos imprimen sobre el rostro de sus tiranos, es la consolidación de sus más preciosos derechos.

El primer combate librado por el presuntuoso ejército francés fué su primer desengaño, y allá en 5 de Mayo de 1862 el invencible Aquiles de cien batallas en el viejo mundo fué herido en el talón delante de Puebla, por mano del modesto Zaragoza. El enemigo inauguraba una guerra injusta con sucesos fatídicos: una perfidia con el gobierno de México, una traición fomentada entre los hijos del país y un descalabro militar inesperado. ¿Podían los franceses, al caer bajo los muros de Loreto y Guadalupe, decir como el general romano: "México, ya te oprimo con mi peso?"

No tardaron en llegar los refuerzos de las vencidas tropas, y la oleada creciente de la invasión subió bien pronto hasta las mesetas centrales del país, desbordándose luego hacia las orillas del mar que descubrió Balboa. Y si los descendientes de Breno pusieron el pié en la ciudad de los lagos, donde Guatimoc había asombra-

do al mundo con su valor, tú, oh Rosales, con un puñado de hombres esforzados contuviste su marcha presurosa, é impediste que sus huellas profanaran la histórica Culiacan, primera etapa de la antigua peregrinacion azteca, y primer asiento de nuestros padres en la tierra mexicana.

Un día del mes de Diciembre de 1864, asomó en las playas de Altata una expedicion por mar, trayendo á bordo cuatrocientos enemigos entre franceses, argelinos y mexicanos imperialistas. Les inspiraba la seguridad del triunfo, ébrios de orgullo ni recibían siquiera de un desastre y penetraron sin tardanza en un país que esperaban que en breve sería su codiciada presa. De repente, en la mañana del memorable día 22, se oye cerca del pueblito de San Pedro el estampido del cañon; es el mexicano que mide sus fuerzas con el francés; la lucha se entabla, ruge Marte, los ecos siniestros del fusil se repiten incesantes, las bayonetas se cruzan de pecho á pecho, las espadas vibran en los aires; allí cayó gloriosamente muerto el joven capitán Fernando Ramirez; allí fué herido el comandante Jorge Granados, víctima de un valor novelesco; allí quedó bien puesto el honor nacional. Muda la naturaleza en los contornos, parecía como espantada de aquel tremendo choque, y la ciudad de los antiguos misterios esperaba con ansia el éxito de la contienda, temiendo que su sagrado recinto fuese manchado por la atrevida planta del invasor victorioso.

¿Queréis saber, señores, quién obtuvo la palma del triunfo? . . . Preguntadlo al Humaya, que vió al francés clavar en sus arenas los marrazos, rojos todavía de sangre del combate; preguntadlo á Grazielle y á sus tenientes, que allí rindieron sus espadas y obtuvieron la mas delicada clemencia; preguntadlo á esa columna erigida en honor del héroe de San Pedro; preguntadlo al Mar Bermejo, que presenció el reembarque y la fuga de los mas presurosos en la carrera; preguntadlo á Culiacan, que al día siguiente recibió el cortejo triunfal, como un enigma indescifrable de la suerte; preguntadlo á Sinaloa, cuya mayor parte no conoció al enemigo extranjero; preguntadlo á todos los pueblos del orbe. Sí, preguntadlo á todos los pueblos, á los que debe ser ya notorio, que los soldados mas bravos de Europa fueron aquí vencidos cuerpo a cuerpo, en campo raso y por inferior número de soldados bisoños, pero mandados por el temerario é impertérrito Antonio Rosales.

Honor á tí, inclito caudillo, que rodeado de un zodiaco de valientes, á quienes sabias comunicar el fuego de alma, pusiste con tu espada un valladar á la invasion francesa. Tú, que empuñaste las armas del patriota en la guerra que nos trajo Norteamérica; tú, que como soldado del pueblo luciste tu arrojo en la guerra de Reforma, y con trescientos hombres rompiste en Escuinapa el cerco puesto por Lozada con dos mil; tú, que traicionado como hombre de buena fé, dejaste el poder que ejercías en Sinaloa para seguir combatiendo en otra parte por la santa causa de la independencia; tú, que caíste en lid gloriosa defendiendo á tu patria, defraudada con tu muerte en sus mas legítimas esperanzas; tú no puedes ser olvidado en Sinaloa, mientras pueda decirse dónde fué la batalla de San Pedro, y si por la iniquidad del destino ya no ha de ser tu espada el espanto de nuevos invasores, te espera el recuerdo imperecedero de tus conciudadanos, te reclama la apoteosis de la posteridad.

La contienda, señores, prosiguió como habia comenzado; el extranjero no respetaba las leyes que en tales casos observan las naciones civilizadas, y la mas inicua de las guerras se llevó adelante con los mas inicuos procedimientos. Donde quiera que establecía una Corte Marcial, era lo mismo que si hubiera instalado una guillotina. Era delito defender la patria; era delito no suscribir á la traicion; era delito no aceptar un empleo del imperio. Se pretendía con el terror apagar en los hijos del país el fuego del amor patrio, suprimir el sentimiento de la libertad, acallar las manifestaciones de la opinion; se pretendía esclavizarnos, se pretendía que sirviéramos de asunto de especulaciones políticas á ambiciosos europeos, que nos convirtiésemos en materia de ejecucion del mas bello pensamiento de un déspota. ¿Lo hubieran consentido los descendientes de Hidalgo y de Morelos, de Juarez y de Rosales, los que han combatido setenta años por consolidar la independencia y libertad de la patria?

Varia fué la suerte de las armas; pero al fin la constancia y el valor mexicanos y el imperioso mandato del gabinete de Washington al César de las Tullerías pusieron término á la guerra de intervencion, arrojando al otro lado del Atlántico á esos salteadores de naciones, á esos incendiarios de pueblos indefensos, á esos susci-

tadores de conflictos internacionales, cuyo escarmiento comenzó en México y fué á consumarse en Sedán por los hijos de Arminio y de Ariovisto.

Felizmente el daño que causó la intervencion, ha sido reparado con usura en breve tiempo. Despues de las guerras civiles que conturbaron el país por cuestiones electorales, hace seis años que se ha cerrado el templo de Jano, y la paz, la dulce y serena paz, ha tomado asiento en nuestro hogar. Se observa ya una actividad inusitada por las mejoras materiales, se respira ya una atmósfera de bienestar, se siente ya una confianza satisfactoria en el porvenir.

Es cierto que no hay todavía mucho constitucionalismo. Ni sería posible que los grandes principios contenidos en nuestra carta fundamental se desarrollasen desde luego, venciendo todas las preocupaciones, conciliando todos los intereses legítimos, corrigiendo todos los abusos inveterados; y apénas la hábil pluma y concienzudos trabajos de eminentes jurisconsultos han abierto franca senda para hacer mas practicable su ejecucion. Pero ella encierra en sí los gérmenes de su propio desenvolvimiento, los motivos de su perfeccion progresiva, y se perfeccionará . . . ¿Lo dudais?

Dadme un punto fijo, decía Arquímedes, y moveré la tierra. Yo solo pido la paz, y os aseguro que el siglo XX saludará á México libre, á México próspero, á México disfrutando de todas las preciosas garantías que procuraron asegurarle los constituyentes de 1857; porque la democracia, obrando eficazmente á la sombra de la paz, es esencialmente progresista, porque ella no puede por su naturaleza consentir arbitrariedades sistemáticas y duraderas, porque la continua rotacion del poder produce la constante renovacion de los elementos vitales de un gobierno y la tendencia constante á la expurgacion de los elementos dañosos.

Bajo los auspicios de la paz, se alzar á grandioso el edificio de la prosperidad de un país regado con la sangre y blanqueado con los huesos de tantos que han hecho el sacrificio de sus vidas por conquistar su felicidad. Bajo sus auspicios, las ruedas todas de la máquina política irán ajustando cada dia con mas exactitud, y los desmanes contra la Constitucion y las leyes tendrán que mino-

rar ó desaparecer, como acontece con las obras perfectibles de los hombres.

No desconfiemos, señores, no desconfiemos de nuestro porvenir, que se nos presenta risueño como un justo premio al heroísmo del pueblo en los pasados conflictos; trabajemos con constancia por mejorar las condiciones sociales y políticas del país, y tras el trabajo vendrá el fruto que con su vida y afanes tánto desearon para México los que nos han legado la independendia, los que nos han asegurado el goce legítimo de la libertad.

HE DICHO.



ERRATA.

—
En la pág. V del discurso, línea 2, dice: *fuego de alma*. Léase:
fuego de tu alma.

